

# Risas de la parca

Juan Vicente  
Naranjo Lemus

— ¡Papá! ¡Mamá! ¡Por favor, no me abandonen!— grita un niño frente a una pira en las colinas.

Allí quedaron las vidas de sus padres, no por algún “pecado” que hayan cometido, sino por otra razón, una muy especial. Aquel pequeño se quedó sentado frente a la hoguera, esperando a que la vida del fuego también se apagara; sus lágrimas no se secaron tan rápido como la lumbre frente a él, pero cuando esto sucedió, se levantó de inmediato para observar lo que quedó de sus padres, “solo cenizas”, es lo único que recuerda de ellos.

— ¿Cuál es su nombre?

— Droll Moartea Futhark.

— Algo extravagante, ¿es extranjero?

— Ja, ja, no. Mis padres lo eran.

— ¿Fallecieron?

— Sí... Yo mismo tuve que enterrarlos — responde el entrevistado con los ojos apagados y mirando al suelo.

— Lamento escuchar eso, ¿es la razón por la que vino aquí?

— En parte, también es por la pérdida de sentimientos, ¡prácticamente vivo con los muertos!

— Sí, es entendible. Lamentablemente...

El señor Futhark sale del edificio cabizbajo porque lo rechazaron de nuevo, aunque quizás aspirar a este tipo de empleo no le quedaba bien. Durante la noche, aquel hombre vuelve al cementerio para seguir trabajando, no había renunciado, solo era un día libre. En el fondo sabe que no lo lo-

graría, quizá quería escapar un poco de su rutina. Está aburrido de ver cada día diferentes cadáveres que, sin importar lo que hubieran hecho en vida, terminaban igual.

—Nadie lo recordará —se dice a sí mismo al ver el cadáver de este hombre inocente—. Me desanima ver que no quedará en la memoria de nadie — replica con un tono de tristeza—, pero continúa su trabajo, lo de cada día.

Primero toma sus guantes negros de cuero, no son cómodos, solo le gusta este material; luego agarra la pala con la cual asesinó a esa persona y la usa para excavar el hoyo en el bosque, en donde quedará el cuerpo, en medio de la necrópolis, para al final arrastrar sus 89 kilos hasta la tumba de dos metros de profundidad. Solo falta una cosa, la más importante, “enterrar el asunto”, así lo llama cínicamente, para también enterrar asuntos de su pasado.

Por última vez mira lo que se supone es el rostro de aquella persona, “solo cenizas”. Le mintió al entrevistador, él no enterró a sus progenitores, en realidad, fueron cremados. Toma un poco de la pila de tierra que tiene al lado para comenzar el proceso, utiliza sus débiles piernas para empujar la punta de la pala en esta pequeña montaña.

Crack.

Tras de sí se oye un pequeño crujido.

—¡Mierda! —susurra Carl.

—¿Creen que nos escuchó?

—responde inocentemente un niño, Steve, temblando por el terror.

—Corran —dice en voz baja Mark, mientras toma con fuerza la cámara con la que filmó al sepulturero.

Droll los observa sorprendido, pero antes de perseguirlos debe hacer algo importante, enterrar el cuerpo. Lanza su instrumento de matanza a un lado, se posiciona tras ese montón de tierra y empuja con toda la fuerza de sus brazos, la tierra cae junto con el cuerpo, le falta el aire, pero se levanta de inmediato; ahora, robusto como ese cuerpo que sepultó, toma su pala y comienza a correr, tan silencioso como siempre. Los muchachos se dirigen hacia la salida, al mismo tiempo que la luna los observa y las rejas del lugar les impiden acortar camino y alargar su vida. Mientras ellos creen que se alejan rápidamente del “monstruo”, solamente se fatigan más, pues, ahora que está revitalizado, los persigue a velocidades atléticas.

—¿Nos salvamos? —dice el pequeño, pasando aún por campo abierto dentro del cementerio, mientras gira un poco su cabeza hacia la izquierda para ver hacia atrás.

Pero, antes de que pueda reaccionar, el señor Futhark los sobrepasa, se detiene con una precisión milimétrica, practica un gancho de boxeo con la pala en la mano y golpea a aquel

niño en la cara, hace que su cuerpo se eleve un poco por el impacto y provoca su muerte al instante.

Carl queda paralizado, abre sus ojos y rechina sus dientes por el enojo de ver fallecer a su hermano, así que deja de correr y pretende hacerle frente a Droll, pero no sirve de nada, él utiliza el mango de la pala para poder noquearlo y terminar el trabajo después. Aprovechando astutamente la muerte de Steve y la sentencia de Carl, Mark consigue alejarse un poco de Futhark, pero no lo suficiente, así que su mejor ruta para sobrevivir es esconderse en la capilla del cementerio, abierta todo el día para quien quiera visitar el lugar; para Mark esta es la recta final para encontrar la salida. El chico se oculta velozmente tras el pasillo a la derecha, esperando poder descansar un poco, nunca tuvo buen físico; pero de nada sirve su sagacidad, Droll se adelanta y ya lo tiene acorralado. Aunque le queda una opción, hablarle y rezar para que no lo mate.

—¿Cuál es su nombre? —dice Mark estremecido por el miedo.

—Droll Moartea Futhark —responde sonriente.

—Algo extravagante, ¿es extranjero? —replica Mark arrastrándose por el suelo hacia atrás.

—Ja, ja —ríe el panteonero. No, mis padres lo eran.

—¿Fallecieron? —responde nuevamente Mark, pensando “por favor, alguien, ¡ayuda!”.

—Sí, fueron incinerados —contesta y se detiene por un segundo, vagando con la mirada.

—Lamento escuchar eso, ¿es la razón por la que hace esto? —pregunta Mark, esperando tocar una fibra sensible.

—Terminamos de hablar —dice Futhark con una sonrisa maniática en el rostro al recordar su entrevista. Toma la pala desde el mango, la eleva y la hace caer con fuerza en la cara de aquel muchacho.

—Ja —eleva de nuevo la pala—. JA —golpea de nuevo al joven—. ¡JA! —que muere mientras la parca ríe.

Droll Moartea lleva a rastras a tres víctimas más hacia sus nuevos lugares de descanso eterno, mientras lo hace, una sombra se eleva junto a él.

—El Ministerio de Sepultureros no estará contento, el límite es un asesinato por día, esto es demasiado —dice suspicazmente una especie de esqueleto con un velo negro que cubre su cuerpo.

Él no responde, pero en el fondo justifica sus propias acciones esperando ya no ver más el rostro de “cenizas” de las personas, quiere superar ese trauma, no puede observar la cara de nadie, ni cuando están muertos, pero un sentimiento lo lleva a enterrarlos.

Aunque existe otra razón, quizá la más importante para asesinar y sepultar...

Sus padres sí fueron cremados, pero en una pira donde quemaban brujas. En el pueblo se decía que practicaban magia negra. Al ser la familia “Moartea” tenían un fuerte vínculo con las parcas que vagan por el mundo para terminar con la vida de las per-

sonas a las que el turno les llegó; pero, en el caso de Kratir Moartea y Catrina Futhark, aún no era su momento. Así, mientras Droll lloraba frente al fuego, *truci messorum quadraginta unum*, decidió tomar la vida que le restaba al señor Moartea y a la señora Futhark, y dársela a quien ahora sería la nueva parca número 41.0